

Adelina



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 114448. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

Adelina

Fernando Olavarría Gabler

Federico estaba de mal humor; no podía jugar con tranquilidad. Esa niñita, la de la casa del frente, venía a molestarlo a menudo.

-Federico, ¿qué estás haciendo?. Federico, ¿Por qué no vas a mi casa?

Al niño le daban deseos de tirarle las trenzas bien fuerte y gritarle ¡chiquilla antipática! ¿Por qué no te entretienes con tus muñecas y me dejas jugar solo?

Pero no, ¡ahí estaba ella observándolo todo!

Ayer había decidido no volverla a ver. Sin embargo, después de muchos ruegos, permitió que lo acompañara a cazar, con la condición de que no hablara y anduviera siempre detrás de él.

Había llovido todo el día y el Sol, que se había asomado un rato al atardecer, se escondía ahora detrás de los rojos techos de las casas e iluminaba las verdes y goteantes ramas de los árboles.

El jardín estaba húmedo y silencioso y los niños avanzaban con cautela. De improviso, dos tortolitas se posaron en las ramas del guindo, frente a la ventana. Federico hizo puntería con su honda y lanzó la piedra que dio en el blanco. Una de las tortolitas cayó al prado y la otra emprendió el vuelo dando sonoros aleteos. Los niños corrieron hacia el lugar donde estaba el ave herida; ésta se retorció agonizante sobre el pasto haciendo torpes movimientos con sus alitas.

Federico estaba radiante de felicidad. ¡Era un cazador que había triunfado! Al llegar ambos ante la avecita muerta se quedaron inmóviles observándola. Luego la niña, sin poder contenerse, la recogió y la acarició entre sus pequeñas manos. Comenzó a sollozar y mirando a Federico con sus ojos anegados en lágrimas lo increpó por haber herido a un inocente animalito. El niño que había estado alegre por haber dado en el blanco, ahora estaba impresionado y se sentía culpable. De pronto en un acto de rabia, le arrebató a la niña el pajarito



y le gritó: ¡No quiero verte más! ¡Sale de mi casa!

Qué fea se veía con esas pecas en la nariz y con las pestañas desteñidas y mojadas por las lágrimas.

La niña se fue corriendo y Federico quedó observando algunas plumitas que había en el suelo. Se encogió de hombros y suspiró. -Le daré la tórtola a mi gato, pensó- y guardando la honda en un bolsillo entró a la casa. El Sol se había escondido definitivamente y el cielo estaba cubierto por negros nubarrones. Empezaron a caer algunas gotas de lluvia. Era la hora del té y mamá se extrañó de que la niña se hubiera ido sin despedirse.

Al día siguiente se encontró con la madre de ella y supo toda la historia. Para evitar que los niños continuaran disgustados, decidieron que Federico fuera en la tarde a verla.

En esos días, se había instalado una gran feria y la mamá de la vecina convidó a los dos niños para ir a visitarla después del té.

Federico, avergonzando por su mal comportamiento quiso quedarse en casa, pero su mamá lo mandó a lavarse las manos, la cara y las rodillas; a peinarse y a lustrarse los zapatos. Y ahí estaba nuestro héroe listo para ir de paseo, con su corbata dominguera apretándole el cuello y su nueva chaqueta. Tenía deseos de patear el suelo o salir corriendo y esconderse, pero nada de eso podía hacer. Eran las cinco de la tarde y tuvo que partir.

Al fin de cuentas no estuvo tan aburrida la visita, ya que comió torta, helados y unos emparedados exquisitos.

El niño y la niña permanecían silenciosos mientras la mamá les servía chocolate con leche. Era hermoso el comedor. Todo estaba muy limpio y en orden. Se respiraba un aire fresco con olor a barniz que venía de los muebles. Éstos y la lámpara que colgaba del techo eran diferentes a los de la casa de Federico y el niño se entretenía observando a su alrededor con la boca llena de torta.

La amiguita tenía un vestido celeste con florcillas blancas y se veía linda con sus trenzas rubias y sus ojos azules.

Después del té se encaminaron a la feria. Ésta estaba situada en las afueras del pueblo, cerca del río que pasaba por allí.

Desde lejos se oían los acordes de las bandas de música que el viento traía. También se divisaban las banderolas multicolores de la amplia puerta de entrada.

Había una gran rueda giratoria, numerosas carpas de circo y un edificio alto de cartón piedra que tenía un letrero donde se leía:

"EL PALACIO DE LOS MISTERIOS".

Los empresarios delante de sus carpas, hacían propaganda a grandes voces invitando al público a entrar; los vendedores de globos de colores y los que ofrecían refrescos y golosinas, se mezclaban con el público de la feria. Las calles estaban cubiertas con aserrín y a Federico le agradaba pisar sobre este suelo blando y hundir la punta de

los zapatos en él. La mamá se detuvo para comprarles refrescos y allí se encontraron frente a una carpa en la cual se anunciaba a un lagarto que bailaba jazz. ¡Pasen ustedes señores!, gritaba un hombrecito regordete de rostro colorado. ¡Único en el mundo! ¡El maravilloso lagarto que baila jazz!

Los niños estaban observando al hombre, con la boca abierta cuando llegó la mamá con los refrescos y continuaron caminando hasta otra carpa donde anunciaban unas marionetas. Decidieron entonces asistir al espectáculo.

Entraron en el momento en que se apagaban las luces y buscando en la oscuridad encontraron unos asientos en el costado de la carpa, cerca de una rasgadura que había en la lona.

Se abrió el cortinaje del pequeño escenario y al compás de una simpática melodía aparecieron siete hermosas muñecas de grandes ojos y mejillas rosadas que empezaron a bailar alegremente.



Los niños nunca habían visto estos títeres que se movían por medio de delgados hilos fijos en sus extremidades y la mamá tuvo que explicarles en qué consistía el mecanismo. Pero por más que aguzaban la vista no veían los hilos. La niña estaba maravillada y no podía quedarse quieta en su asiento. Terminó el primer acto y se encendieron las luces. La mamá se había sentado al lado de unas amigas y se puso a conversar con ellas. Mientras tanto, los niños miraban distraídamente por la rasgadura de la pared. A través de ella se veía el interior de otra carpa más pequeña donde había varios baúles, y al fondo se divisaba un sendero que bordeaba una pared de cartón y terminaba en una pequeña puerta.

De improviso apareció por el sendero una de las marionetas que habían visto bailar en el escenario. Caminaba sigilosamente en puntillas y se dirigía hacia la puerta de la pared de cartón. Entró por ésta y desapareció tras ella. Los niños se quedaron perplejos ante esta

visión y la niña, sin poder contener su curiosidad, se levantó de la silla y atravesando la rasgadura de la lona se dirigió hacia la puerta. En ese instante se apagaron las luces y empezó otro número. Federico tuvo un presentimiento extraño que lo angustió. Miró a la mamá de la niña pero ésta continuaba conversando. Sin avisarle, se levantó y se dirigió hacia el sendero. Llegó corriendo a la puerta de la pared de cartón y la abrió bruscamente, llamó a su amiguita en voz baja pero nadie le contestó... La niña había desaparecido.

Federico no sabía qué hacer y después de mirar a su alrededor se introdujo por la puerta pensando que su amiga se había ido por allí.

En el interior reinaba la oscuridad y a lo lejos se oía la música del teatro. El niño se encontró en un largo pasillo con escalones que se desviaban hacia la derecha y ascendían. Tenía una caja de fósforos en su bolsillo y decidió encender uno para orientarse. A la luz amarillenta del fósforo, divisó viejos letreros cubiertos de polvo que estaban

GRAN
CIRCO

BIENVENIDOS
AL PALACIO
DE LOS
MISTERIOS

CIRCO
HOY

MAGIA
EL RÍO



pegados en la pared. Uno de ellos decía: "BIENVENIDOS AL PALACIO DE LOS MISTERIOS".

Más allá, habían pintado una flecha roja y debajo de ésta leyó: "HACIA EL RIO". Federico siguió la dirección que indicaba la flecha y llegó a un patio cuadrangular cercado por altas murallas grises y almenadas. Parecía el patio interior de una fortaleza. En el borde superior de las murallas había una plataforma y por ella se paseaba un soldado vestido con un antiguo uniforme blanco y azul.

Al ver a Federico el centinela se detuvo y lo apuntó con su rifle. ¡ Alto ! - Gritó - ¡ Dame el santo y seña! Federico estaba consternado y sin saber qué hacer, le preguntó balbuceante si había visto a su amiguita. ¿ Ah?, sí... Dijo el soldado mirando lejanamente y tratando de recordar, - la divisé desde aquí cuando se dirigía hacia el río acompañada de una marioneta; me parece que se embarcaron en uno de los botes que hay en la orilla.



-¡Ella es! Gritó Federico. Dime, ¿cómo puedo llegar a los botes?

-Es muy fácil, replicó el soldado, sal por la puerta que tienes al frente y te encontrarás en la orilla del río. Apúrate porque el Sol pronto se esconderá en el horizonte.

Federico se dio cuenta entonces de que frente a él, en la muralla, había una puerta de dos hojas y al abrirla se encontró ante un terreno solitario cubierto de hierba. El río estaba más allá y en la orilla había varios botes de vistosos colores; se dirigió hacia ellos y al acercarse observó en la arena huellas que correspondían a los pies de dos niñas.

Se subió a un bote, lo desamarró y ayudándose con una caña que allí había, lo empujó hacia la corriente.

El bote se deslizó con lentitud, pero con gran asombro del niño, se puso a navegar contra la corriente.

Pronto la feria se perdió de vista en una curva del inmenso río y allá a lo lejos, Federico divisó otra embarcación y le pareció que las dos personas que buscaba iban en ella.

Atardecía y las primeras estrellas aparecieron en el cielo.

El río tenía cada vez la corriente más rápida y se internaba entre gigantescas montañas cuyos faldeos estaban cubiertos de un espeso bosque que alcanzaba hasta las orillas.

Llegó la noche y el bote continuaba navegando; entonces el niño, después de contemplar los negros árboles de las orillas, se tendió en el fondo de la embarcación para observar las estrellas.

Corría una cálida brisa.

Federico escuchaba el tenue ruido que hacía el agua al chocar contra el bote, el murmullo de las hojas de los árboles y el pitar de los sapitos. El lejano croar de una rana quebraba el silencio de la noche, y de vez en cuando se oía el ruido que hacía una trucha al saltar fuera del

agua, cerca de la embarcación.

De improviso el bote encalló en la orilla, Federico se irguió sobresaltado y bajó a tierra. Como hacía frío, decidió encender una fogata y recogiendo hojas y ramas secas les prendió fuego. Las llamas iluminaron los árboles cercanos y el niño se sentó frente a la hoguera.

Estaba calentándose las manos, cuando observó numerosos puntos luminosos que aparecían y desaparecían súbitamente en la oscuridad. "Es probable que los animales salvajes hayan sido atraídos por la fogata y esos puntos luminosos sean sus ojos", pensó el niño. Decide entonces refugiarse en el bote y pasar la noche dentro de él.

Cuando se dirigía hacia la orilla, dos de estos puntos se adelantaron desde la oscuridad y avanzaron hacia el niño. Federico observó que correspondían a los ojos de un lobo. Éste, al pasar al lado de la fogata, quedó iluminado por las llamas y el niño pudo observar que su pelaje era de un color muy extraño.



-Buenas noches, saludó el lobo.

-Buenas noches, contestó Federico.

-Tengo frío ¿podría calentarme aquí un rato?

-No hay inconveniente -replicó el niño -más repuesto del susto que le había causado el animal. El lobo se echó frente a la hoguera y se puso a lamer las patas. Federico se sentó cerca de él y ambos se quedaron en silencio.

Después de un rato el lobo habló nuevamente y le preguntó al niño cuál era su nombre.

-Me llamo Federico, respondió éste, ¿Y tú cómo te llamas?

-Yo -dijo el lobo -tengo un nombre muy singular; me llaman "el lobo de las manchas violetas oscuras y otras verdes pero más claras".

-¡Qué nombre más extraordinario!, exclamó Federico.

Dime lobito, ¿por qué te llamas así?

-Me pusieron ese nombre porque ese es el color de mi pelaje, respondió el animal, y además, porque sé adivinar el pensamiento de los seres humanos.

-¡Qué raro eres lobo de...De las manchas oscuras con otras claras y verdes y ...

-No, no, corrigió el lobo malhumorado, el de las manchas violetas oscuras y otras verdes pero más claras.

-¡Oh! Sí, dijo Federico, perdón pero tu nombre es tan largo que me confundo.

-No importa, dijo el lobo, bostezando, ya estoy acostumbrado, la niña que tú buscas se ha internado en este bosque. Ha sido raptada por una de las marionetas de Adelina. Sé cauteloso, es un hada muy mala; si te descuidas, te puede transformar en un títere o en un monicaco de naipes; esta mala mujer practica la magia rosada, cuya finalidad principal es la de transformar a los niños y niñas en muñecos

sin voluntad. Tiempo atrás yo era un lobo igual que todos, pero cierto día Adelina se disgustó conmigo, me transformó el pelaje y me puso este nombre tan difícil de recordar. Diciendo esto, el lobo se levantó para irse.

-Muchas gracias lobo de las manchas violetas oscuras y otra verdes más claras, por todos los consejos que me has dado, dijo Federico. Pero, dime antes de que te vayas ¿cómo sabías que yo buscaba a una niña?

-¡Grrf! Dijo el lobo con un gesto de desagrado, ya no recuerdas lo que te dije -y desperezándose cuan largo era, echó a caminar y se perdió en la oscuridad.

Federico se quedó pensativo. Tenía una duda. Si Adelina había transformado al lobo en un animal tan singular, era probable también que le hubiera quitado la voluntad al igual que a sus muñecos y entonces podría haberlo mandado para engañarlo y conducirlo hacia

ella.

Sin embargo, parecía un lobo tan bondadoso que era difícil pensar mal de él.

Después de estas cavilaciones, el niño se tendió frente al fuego y se durmió profundamente.

Despertó a la mañana siguiente tiritando de frío. No sabía si la conversación con el lobo había sido un sueño o no. Decidió entonces internarse en el bosque para ver si la casa de Adelina estaba por ahí cerca.

Pronto encontró un sendero y continuó por él. El niño oía el gorjeo de los pájaros que volaban en la espesura. Algunos de hermosos colores revoloteaban entre las ramas y Federico los contemplaba, caminando distraído con la cabeza en alto.

Súbitamente se encontró con una cara que lo estaba observando desde la copa de un árbol. Miraba dulcemente al niño al

mismo tiempo que arrancaba algunas hojas y las masticaba. Federico no sabía a quién pertenecía esta rara imagen, pero de improviso la cara avanzó hacia él y pudo darse cuenta de que era la de una enorme jirafa que estaba parada a su lado. Su cuello era muy largo y su cuerpo estaba cubierto por manchas de color café, pero también había rosadas, blancas, amarillas y naranjas.

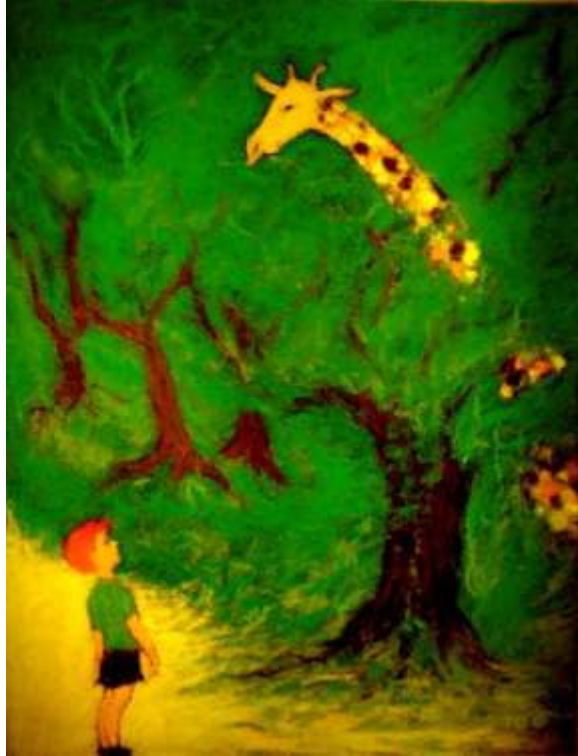
-Buenos días, saludó el niño.

-Buenos días, respondió la jirafa.

-Dime, preguntó Federico, ¿Dónde está la casa de Adelina?

-La casa que tú buscas está mucho más cerca de lo que tú crees y más lejos que antes de llegar aquí, dijo la jirafa y alzando la cabeza hacia las altas ramas se puso nuevamente a arrancar hojas para masticarlas.

Federico pensó que la jirafa era un poco tonta y se atrevió a preguntarle su nombre.



-¿Yo?, dijo la jirafa, me llamo Adelina.

El niño se atemorizó al oír ese nombre porque pensó que estaba frente al hada cuya casa estaba buscando. Pero pronto se dio cuenta de que el animal había dicho ese nombre porque era el primero que le había venido a la mente y le era agradable a sus oídos.

-Es un bonito nombre para una jirafa, comentó Federico; después de algunos minutos de silencio volvió a preguntarle. -Dime, ¿quién te pintó la piel de esa manera?

La jirafa miró arrogantemente al niño de arriba a abajo y le dijo con una sonrisilla despectiva, -yo nací así niñito, por esa razón tú no me viste cuando estaba entre los árboles. Además -terminó algo enfadada- te pediré que no me hagas más preguntas porque soy muda.

Ante esta respuesta tan descortés, Federico le dio la espalda y siguió su camino mientras el animal, sin sentirse ofendido continuó

comiendo las hojas de las ramas más altas.

El bosque terminó de improviso y el niño se encontró frente a un letrero que habían clavado en el tronco de un árbol e indicaba hacia un camino rodeado de pasto amarillento. El letrero decía: "Hacia el solar de los esqueletos. Entrada libre para el que quiera estudiarlos".

¿Qué cosa será un solar de esqueletos?, se preguntó Federico en voz baja. Quizás sea una antigua quinta rodeada de viejos murallones de adobe que el Sol ilumina al atardecer. Allí irán las lagartijas a conversar y hablarán del color de la piel de sus chiquitines, y entre el pasto estarán tendidos los esqueletos blanquecinos, inmóviles y silenciosos contemplando todo esto.

De pronto se detuvo y se dijo, "realmente no comprendo quién pueda interesarse por ellos y estudiarlos". Sin embargo recordó que un amiguito le había dicho cierta vez, con aires de misterio, que su papá era doctor, y él cuando fuera grande iba a estudiar los esqueletos.

Federico se había reído de él y le había dicho que los esqueletos no se estudiaban, pero ahora, después de leer ese letrero tenía sus dudas...

Más allá, el niño divisó un jardín donde había muchos girasoles y algunos floripondios. Al fondo de esta plantación se veía una pequeña casa blanca de techo rojo. Tenía el aspecto de una casa de muñecas, aunque era suficientemente grande para que el niño pudiera entrar y estar en su interior.

Federico se dirigió hacia ella caminando entre los girasoles, pero, ¡cuál no sería su asombro cuando divisó volando cerca de las enormes flores a varios bebés! Parecían gigantescas abejas, aunque no tenían alas, sin embargo se desplazaban libremente por el aire y se detenían en una flor un instante para luego ir hacia otra.

¡Esta tiene que ser la casa de Adelina!, exclamó el niño. Nadie sino una bruja ha podido encantar a estos bebés para adornar su jardín.

Uno de los bebés se acercó volando y el niño aprovechó la

ocasión para preguntarle quién vivía allí, pero el chiquitín, sonriendo, le habló en la jergonza propia de su edad y después continuó su recorrido entre los girasoles.

Federico, tembloroso, decidió acercarse a la casa de muñecas porque se dio cuenta de que nadie había en su interior.

Cerca de la puerta de entrada, crecían unas malvas y debajo de éstas estaba echado un enorme cerdo de pelo rubio. El animal estaba comiendo afrecho que había en una batea; parecía sonreír maliciosamente cuando masticaba y de vez en cuando daba cortos y roncros gruñidos.

Federico se acercó a él y le preguntó si había visto a la niña. El cerdo continuó echado masticando, miró cínicamente al niño y luego se puso a reír. Su cuerpo temblaba entero, especialmente la gorda barriga y recién entonces Federico se dio cuenta de que el animal tenía puesto un chaleco de color guinda seca. Después de reírse hundió

nuevamente el hocico en el afrecho y siguió masticando en forma bastante grosera haciendo chasquear la lengua y dando resoplidos. De vez en cuando volvía a reírse a carcajadas y esto terminó por contagiar al niño que también no pudo dejar de reír.

El chanco aprovechó esto para levantar el hocico lleno de afrecho y mirar burlescamente a Federico con sus ojitos azules, y sin dejar de comer dio unas carcajadas tan estruendosas que retumbaron en el bosque.

Pronto ambos se calmaron.

-Me has caído simpático, dijo el cerdo mirando hacia la puerta. Entra ahora si deseas; ella no está en estos momentos. Hace poco que salió.

Federico no perdió tiempo en preguntar a quién pertenecía la casa y abrió la puerta lentamente.

Las paredes en el interior eran de madera barnizada. El niño

recorrió dos aposentos y al entrar a un dormitorio ¡grande fue su sorpresa cuando encontró dispersas en el suelo a las marionetas que había visto bailar en la feria!

Eran del tamaño de una niña y sus caras parecían maquilladas con polvo y otros cosméticos.

En un rincón del dormitorio, cerca de la ventana, había un pequeño órgano y allí vio Federico a su amiguita. Estaba de pie afirmada en la pared y parecía dormir a pesar de tener los ojos entreabiertos.

El niño tuvo una extraña emoción al encontrarla. El corazón le palpitaba fuertemente, sentía una gran alegría de verla y al mismo tiempo tenía deseos de llorar. No sabía si acercarse a ella y darle suavemente un beso o tomarla de la mano y decirle autoritariamente que lo siguiera.

Estaba contemplándola, cuando sintió que una mano se

posaba en su hombro. El niño de un salto dio media vuelta preso de gran pánico. Pero detrás de él no estaba Adelina sino un mono que le hacía morisquetas y con el índice le imponía silencio.

-¡Shh!... No les hables porque despertarán -dijo el mico - nunca pierden la esperanza de que sus mamás las vengan a buscar. Yo he conocido a varias de ellas, continuó el simio en voz baja. Esa que ves tendida sobre la cama se llamaba Alejandra. Era una niña muy buena y hermosa. Un día deseó subir al cielo y pensó que si ella llegaba a la cumbre de esa montaña que se divisa por la ventana podría lograr su deseo.

Se internó sola por el bosque sin el permiso de sus padres y empezaba ya a trepar por la montaña cuando se encontró con Adelina y aquí la tienes convertida en una hermosa muñeca.

Federico quedó muy impresionado por este relato y estaba observando a la marioneta cuando el mono, llevándose una mano a la

oreja, se puso a escuchar hacia la puerta.

De improvisto empezó a tiritar y sus ojos llenos de terror miraron por la ventana. -¡Es ella!...¡Ya ha vuelto! ¡Huye niño antes de que sea demasiado tarde!

Federico oyó al chanco que daba lastimeros alaridos, como si alguien le estuviera dando puntapiés. Una voz de mujer lo amonestaba por haber dejado entrar a un extraño a la casa. El niño aterrorizado, abrió la ventana y tomando de una mano a su amiguita saltaron por ella.

La niña corría como una sonámbula y a pesar de tener los ojos abiertos parecía no ver donde pisaba, porque tropezaba y caía al suelo frecuentemente.

Los niños se alejaron rápidamente de la casa de muñecas; sin embargo desde lejos oían los chillidos del pobre mono que en esos instantes recibía una tremenda paliza de su ama.

Del jardín de girasoles venían múltiples gemidos, eran los bebés que asustados por los gritos del mono se habían puesto a lloriquear.

Federico encontró el sendero del bosque y sin soltar a la niña siguió por él deseando llegar lo antes posible al lugar donde estaba el bote. Así corrieron largo rato, hasta que, jadeantes y sin fuerzas por el cansancio se tendieron debajo de unos arbustos.

La niña había salido del extraño sopor en que había estado y no recordaba lo que había sucedido. Federico exhausto aún, no tenía fuerzas ni tiempo para explicarle a su amiga lo que había acontecido y menos ahora que parecía oír ruido de pisadas no muy lejos del lugar donde estaban.

Las pisadas se acercaron y repentinamente apareció el lobo de las manchas violetas oscuras y otra verdes pero más claras.

-¡A prisa!, dijo el lobo, ¡sígueme! ¡Adelina y sus marionetas

vienen hacia acá para prenderlos!

Los niños siguieron al lobo por los senderos del bosque y al cabo de un rato llegaron a la orilla del río donde estaba el bote de Federico.

-No se despidan de mí, dijo el lobo, porque estoy sintiendo vuestro agradecimiento en mi corazón. Súbanse y aléjense cuanto antes de este lugar.

Federico desató el bote y éste se alejó suavemente corriente abajo con los dos niños en su interior.

En la orilla se quedó el lobo de manchas violetas oscuras y otras verdes y al cabo de un rato su cara desapareció entre los matorrales.

El bote navegó durante todo el día y era ya tarde cuando se divisó la ciudad a lo lejos.

Horas después pasaron frente a la feria, pero al niño no le fue posible ubicar la playa donde estaban los botes ni la fortaleza de murallas almenadas por donde se paseaba el centinela.

Poco a poco la embarcación fue acercándose a la orilla y los niños pudieron bajar a tierra. Sin demorarse, corrieron a sus casas y las mamás recibieron a sus hijos con gran alegría y llanto en los ojos, pues a pesar de una intensa búsqueda en la feria y en la ciudad, no habían logrado encontrarlos.

Después, los días continuaron pasando en interminable monotonía y también los meses y los años.

Los niños crecieron cada vez más hermosos y buenos.

De vez en cuando comentaban la aventura que les había tocado vivir juntos, pero ésta era tan extraña que la consideraron como

un secreto entre ambos, y un buen día terminaron por olvidarla definitivamente.

Fin



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 114448. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina